126 55

RELACION FUNEBRE, QUE A LA PIADOSA MEMORIA del Excmo. Sr. D. Pedro Cevallos, Caballero del Real Orden de S. Genaro, Comendador de Sagra en el de Santiago, Comandante general de Madrid, y su distrito, Consejero en el supremo de Guerra, Governador, y Capitan General de Buenos Ayres, y Provincias del Rio de la Plata, primer Virrey de ellas, con el distrito de la Audiencia de Charcas, y Capitan General de los Reales Exercitos de S. M. Catolica, que santa gloria goce.

PRIMERA PARTE.

QUè tienes, inclita España,
de què triste te lamentas,
del pecho exalas suspiros,
por los ojos viertes perlas?
No eres tù la mas famosa,
la mas rica, y opulenta,
no eres la mas fuerte en armas,
no eres la mas sabia en letras;
No eres el Jardin ameno
de la Catolica Iglesia,
que tantos lyrios produce,
que tantas cria azuzenas,
que son buen olor de Cristo,
que todo el mundo recrea?
No eres Cielo hermoso, donde
esparce sus luces bellas
el gran Don Carlos Tercero,
Sol de la Española Esfera,
que à los buenos favorece
con su benigna influencia?
No te govierna un Consejo
Real con justicia, y prudencia,
en quien Minerva florece,
en quien resplandece Astrèa,
que escuela bien puede ser
del Areopago en Atenas?
Cuyos insignes proyectos,
cuyas sabias providencias
aprueban todos los sabios,
todos los buenos veneran?
Porque luego en vez de gozo
tan gran sentimiento muestras;
tan gran pena à entender dàs,
tan gran pesar manifiestas?
Mas que digo? Justas son
las penas que te atormentan,
los dolores que te afligen,
las ansias que te molestan;
pues miras en ti apagada
la luz mas hermosa, y bella,
dixe luz, el mejor Sol,
que bañò de luz la tierra,
que con sus ardientes rayos
disipò las nubes densas
enemigas, que intentaban
ofuscar tus luces bellas:
aquel valeroso Marte,
aquel Español Planeta,
cuya cortadora espada,
de Atropas fatal tixera,
de traydores enemigos
muchas cercenò cabezas.
Quien à nuestro gran Monarca
puso en la Corona Regia
tantos preciosos diamantes,
quantas le conquistò tierras,
quien hizo temblar cobardes
las enemigas potencias,
pues solamente su nombre
à no pocos amedrenta.
Ya es tiempo de no tener
à tu discrecion suspensa,
que esperanza dilatada
dice el Sabio, que atormenta.

Mu-

Muriò el General valiente,
asombro de Mar, y Tierra,
que desluciò las hazañas
de Pompeyo, y Julio Cesar.
Muriò Don Pedro Cevallos:
que sentimiento, que pena!
Llora, España, llora, pues
es mui justa tu tristeza;
mas para enjugar el llanto,
en que tus ojos se anegan,
en el lienzo de su vida
heroyca hay bastante tela,
y en su santa feliz muerte,
(hiperbole no se crea,
pues tanto muere quien hace
verdadera penitencia,
que gracia santificante
es preciso que confiera)
y en la pompa funeral,
con las solemnes exequias,
con que honraron sus virtudes,
celebraron sus proezas.
Y asi divido en dos partes
este mi heroyco poema
(que si no es heroyco el verso,
es heroyca la materia)
En la primera dirè
sus hazañas estupendas,
sus virtudes excelentes,
y sus admirabres prendas,
y cantarè en la segunda
su muerte, y honras funereas.
Asunto digno de Homero,
porque son sus excelencias
dignas de Orador mas sabio,
dignas de mejor Poeta.
Mas para que no naufrague
en el mar à que se entrega
mi discurso humilde, invoco
à la Soberana Reyna
Virgen sagrada de Atocha,
que el Mundo, y Madrid, venera,

cuya sagrada Capilla
enriquecen, y hermosean
de guerra tambien trofèos,
tantas marciales Vanderas.
A ti mi humildad invoca,
Madre de la Luz eterna,
para que à mi entendimiento
guies como hermosa Estrella.
Oye atenta, Augusta España,
oyràs la parte primera.
Cabezon de la Sal, Villa
de las Montañas excelsas
de Santander, que son clara
fuente de mucha Nobleza
antigua, que nuestra España
enriquece, y hermosea,
fuè el Jardin frondoso, ameno,
fuè el vergèl, fuè la floresta,
que este Cyprès de valor,
esta Palma hermosa, y bella,
que el peso que la oprimia,
hacia que mas creciera,
produxo para el honor
de la Españ la Nobleza,
y como la noble sangre,
que encierran ilustres venas,
à los jovenes inclinan
à las Armas, y à las Letras,
siguiò las clases de Palas,
y las Aulas de Minerva,
porque despues de ya instruido
bastantemente en las letras,
emprendiò noble, y valiente
la honrosa marcial carrera,
sirviendo al Rey Don Felipe
Quinto, que estè en gloria eterna,
y por servir à su Rey,
por su valor, y nobleza
primero en el Regimiento
insigne de Ordenes viejas,
en donde fuè Capitan.
En las peligrosas guerras
de

de Italia, que fueron contra
una Nacion tan guerrera,
que de victorias, y triunfos
tiene las historias llenas,
despues que de su valor,
y arte militar diò pruebas,
del invencible Monarca,
con permiso, con licencia
un Batallon levantò
de Infanteria, que agrega
de Aragon al Regimiento,
y Coronel le gobierna,
siendo en todos los combates
rayo ardiente de la guerra,
y su tropa gobernando
con agrado, y con prudencia,
haciendo, que aun los cobardes
fuertes Annibales fueran,
que el valeroso caudillo
infunde valor, y fuerza,
y hace despreciar peligros,
si èl los peligros desprecia.
Concluida felizmente
esta tan insigne empresa,
y haviendose coronado
del laurel las armas nuestras,
se retirò à descansar
de España à la Corte Regia,
en la qual fuè Comandante
de Madrid, y de su Tierra.
Y tambien por Orden Real
se le mandò, que atendiera
por su mucha caridad
à la piadosa asistencia
de los pobres del Hospicio,
en que mostrò su nobleza,
su piedad, su gran virtud,
contemplando honrosa empresa
servir à Cristo en los pobres,
que tan gran Rey representa,
pues nos dice en su Evangelio
la Sabiduria Eterna,

lo que por los pobres se hace,
recibe en persona mesma.
Mas porque empeños mayores
no faltasen à sus prendas,
por Teniente General
de nuestro Rey la prudencia
le enviò del Paraguay
à la Americana tierra,
à saber por cosa cierta,
que en la India Meridional
en paz, y en quietud perfecta
ciertos soberbios rebeldes
de la Nacion Portuguesa
se atrevian à insultar
la gente, y la Tropa nuestra,
y aun se havian arrojado
à entrarse por nuestras tierras,
que por estar descuydados
poca hicieron resistencia,
y asi queriendo tomar
la satisfacion entera,
fiò al inclito Cevallos,
esta expedicion, y empresa,
dandole de Capitan
General la preeminencia;
obedeciò el Real precepto,
y dispuso con presteza
para este fin aprestar
Armada Naval de guerra.
Dia trece de Noviembre,
año que la Iglesia cuenta
del nacimiento de Cristo
mil setecientos setenta
y seis del Puerto de Cadiz
se diò la Armada à la vela
con ciento diez y seis Naves,
y de ellas veinte de guerra,
porque las noventa y seis
se dice mercantes eran,
y sulcando de Neptuno
el salado imperio, llegan
à veinte y tres de Noviembre
à

à la Playa Portuguesa
de San Francisco de Paula,
y conocida la tierra,
mandò el invicto Don Pedro,
que el ataque se emprendiera
contra la Ciudad cercana,
Castillos, y Fortalezas,
lo que se executò al punto,
y aunque hicieron resistencia
los Portugueses, queriendo
rechazar las armas nuestras,
haciendo de los Castillos
con los cañones defensa,
en breve tiempo rendidos
fueron de la gente nuestra,
sin embargo de tener
mucha prevencion de guerra,
y ser todos ellos fuertes
por arte, y naturaleza,
y ser en numero quatro,
del modo que aqui se expresa:
San Josef de punta gropa,
y el de la sabia Minerva,
Santa Catalina Martyr,
el de Santa Cruz, y cuentan
entre ellos el de Ratones,
que es muy buena fortaleza;
despues rindiò la Ciudad,
y toda la Isla entera,
que llaman de dicha Santa,
à la Española Potencia.
Y haviendo ya establecido
Magistrado que rigiera
Politico, y Militar
con justicia, y con prudencia.
Ardiente animado rayo,
fuerte racional Cometa,
à la Colonia llamada
del Sacramento se acerca,
y à la Isla de San Gabrièl,
las que al instante se entregan;
pues fuera temeridad
haver hecho resistencia,
haviendo experimentado
en otro tiempo las fuerzas
de un General, cuyo nombre
los confunde, y amedrenta.
Mas como sin la virtud
el valor, y la nobleza
son un fetido cadaver,
de Morales en sentencia,
pues como Amancio cante
de la virtud la belleza
à la sangre mas ilustre
enriquece, y hermosea.
En èl la Fè, la Esperanza,
la Caridad, la Prudencia,
la Justicia, y la Templanza,
juntas con la fortaleza,
de su ilustre nacimiento
dieron suficientes pruebas.
A los Soldados trataba
con tal piedad, tal llaneza,
que imàn de los corazones
de toda la tropa era.
Y aun oy en voca de todos
sus alabanzas resuenan,
diciendo, que perdiò España
en èl una gran cabeza,
un brazo fuerte, y valiente
para su amparo, y defensa.
Y en la otra parte dirà
al discreto mi rudeza,
como muriò, muestras dando,
que descansa en Gloria eterna.

F I N.

Con Licencia:
En Cordoba en Casa de Don Juan de Medina.